

Citar: Apellidos, N. (2014) "Título", en: García Sansano J.; González García, E.; Lago Morales, I. y Rubio Sánchez, R. (Coords.) *Tiempos oscuros, décadas sin nombres*. Toledo: ACMS, pp.

EL EFECTO DEL CONSUMO TELEVISIVO EN LA INTEGRACIÓN SOCIAL INFANTIL

Miguel Clemente Díaz

Pablo Espinosa Breen

Adelan Reig Botella

Universidad de la Coruña

Mercedes Fernández Antón

Universidad Complutense de Madrid

Resumen

La mayoría de la literatura existente sobre el consumo de televisión en menores pone de manifiesto cómo a mayor consumo, mayores repercusiones negativas tanto en variables aptitudinales como actitudinales y de interacción social. Sin embargo, otros autores plantean que la televisión se ha convertido en un ente socializador de los niños, por lo que se puede interpretar que si bien un exceso de visionado televisivo puede ser dañino, también lo será un “déficit” de visionado. Se trató de comprobar cuál de estas dos perspectivas podía ser más adecuada, utilizando para ello una muestra de 45 niños de 11 y 12 años, estudiantes de dos clases de educación primaria, en los que se midió el grado en que consumían televisión, y se les aplicó un test sociométrico. Los resultados indican que la integración social es mayor en los niños que consumen televisión en el mismo grado que la mayoría de sus compañeros, mientras que el exceso de consumo y el defecto del mismo provocaban un rechazo por parte del grupo.

Palabras clave

Interacción social; test sociométrico; consumo televisivo; efecto de los medios de comunicación; niños.

Introducción

Existe una larga tradición dentro de las Ciencias Sociales a la hora de estudiar la influencia de los medios de comunicación, y específicamente la televisión. Uno de los rasgos definitorios de la cultura televisiva es que la violencia constituye la regla en lugar de la excepción (véase, por ejemplo, Roda -1989-). Ya el estudio clásico de Gerbner

(1979) señalaba que a finales de los años setenta del siglo pasado un niño norteamericano, al acabar la escuela secundaria, había presenciado ante el televisor más de 13.000 muertes violentas. Y dado que ver la televisión constituye una de las principales actividades de los niños y de los jóvenes (por no incluir a los adultos), muchos autores han intuido que nos encontramos ante un grave problema. Los datos actualizados de los estudios de Gerbner han dejado muy atrás los resultados señalados, elevando la cifra a 100.000 actos violentos al acabar los estudios primarios.

Una de las consecuencias de este hecho ha sido el que se haya creado el término “cultura de la violencia” al referirse a los estudios que tratan sobre visionado de televisión. Y la mayoría de los autores, siguiendo la línea de estudios comenzada por Bandura, han afirmado que cuanto mayor sea el tiempo de exposición a la programación televisiva, mayor será el aprendizaje y la posterior ejecución de dichas conductas. Bandura (1976), pionero en el establecimiento de esta conexión, demostró cómo la reiterada observación de escenas violentas en televisión repercute sobre la agresividad de los menores, comenzando este fenómeno, según sus datos, a partir de los 3 años de edad. Trabajos como el de Turner, Hesse y Peterson-Lewis (1986) mostraron cómo este efecto se agudizaba, y cómo se explicaba mejor la agresividad en los varones que en las mujeres.

Las investigaciones realizadas sobre cuánto tiempo están expuestos los menores al visionado de la televisión dependen en función de que los datos se recojan mediante autoinformes o mediante datos objetivos provenientes de los audímetros. Autores como Urrea, Clemente y Vidal (2000) han señalado cómo existe una tendencia a no ser consciente del consumo televisivo que tiene cada uno, de forma que es bastante común que una persona crea estar expuesto al visionado televisivo entre 3 a 6 veces menos tiempo del que realmente lo está (es bastante normal que muchas personas creen ver televisión de 1 a 2 horas al día, cuando en realidad están visionando entre 3 y 6 horas diarias este medio). También estos autores informan que los niños de 4 a 12 años, con datos de estudios objetivos, visionan la televisión como media anual 3 horas y 45 minutos diariamente, y dicha cantidad aumenta cada vez más con la edad, llegando a las casi 5 horas en los más mayores (véase los datos aportados por Urrea, Clemente y Vidal, 2000).

Existen investigaciones, como por ejemplo la de Halloran (1970), que apoyan que el visionado de la violencia en los programas televisivos puede tener efectos

perjudiciales especialmente en los menores. Señala este trabajo cómo la observación tanto incidental como accidental es fuente de aprendizaje de actitudes y conductas violentas. En la medida en que los menores se identifican con los personajes violentos y perciben la utilidad o anticipan la gratificación que pueden obtener al repetir la acción visionada, mayor impacto ejercerá la violencia observada en ellos. Especialmente proclives al aprendizaje por imitación de los comportamientos violentos son los más pequeños (3 a 8 años de edad) al no ser capaces de distinguir de manera adecuada la realidad de la fantasía. Este dato también ha sido corroborado por Clemente y Espinosa (2009), quienes además verificaron cómo existe una atracción general hacia la violencia por parte de los menores (véase también Vidal, Clemente y Espinosa, 2003).

Otros estudios han llegado a conclusiones similares. Así, Barrios (2005), además de encontrar que la alta exposición a la violencia en los medios incrementa el grado de violencia (especialmente en menores), verifica cómo determinados programas son más potentes a la hora de generar violencia: aquellas películas en las que la violencia aparece dentro de un contexto de relaciones personales cerradas, aquellas en las que la violencia aparece sin que sea necesaria dentro del argumento, los programas en los que la violencia aparece como algo bueno o que conlleva una buena causa, y las películas de género violento en las que constantemente se exhibe la misma. Curiosamente, el mismo autor cita cómo hay programas en los que aunque se exhiba violencia, son poco propensos a generar la misma en los menores: los programas deportivos, los dibujos animados, aquella que se exhibe en programas de ciencia ficción, y las comedias. Otros trabajos han demostrado cómo el visionado de televisión está relacionado con la agresividad e incluso con la delincuencia (Clemente, 2005; Clemente y Vidal, 1995).

Desgraciadamente, existen casos en los que la imitación hace que un niño se tire por la ventana imitando a Superman, o un adolescente robe una avioneta y emule el atentado de las Torres Gemelas en Nueva York, estrellándose contra un rascacielos (véase, por ejemplo, Clemente, 2005). Lo cierto es que muchos autores han señalado que el mero consumo televisivo, independientemente de su contenido, parece ser dañino para los menores (Del Río, Alvarez y Del Río, 2004). Y se ha señalado como especialmente dañino un consumo por encima de las 4 horas diarias (Del Río, Alvarez y del Río, 2004).

Claro que siempre está presente la polémica de hasta qué punto es preciso que se preste atención a la pantalla para que exista una influencia de la televisión. García

(2000) verificó la poca atención que la mayoría de los niños presta al televisor, de manera que de 40 horas de encendido de la misma sólo se presta atención a tres y media. Pero el problema es determinar si la atención constituye un fenómeno activo o pasivo. Los que apoyan la idea de que el niño es un receptor pasivo, consideran que la televisión consigue “desconectar” la mente del niño y exige de él muy poco esfuerzo para seguir los programas. Según esta teoría los programas son “absorbidos” pasivamente, como una serie de escenas desconectadas entre sí, en lugar de como una serie de hechos cuya unión constituye un todo coherente. Ya Anderson (1976) se había referido a esta cuestión, observando que los niños dejaban de mirar la pantalla una media de 150 veces cada hora, con un tiempo medio cada periodo de desatención no superior a los 15 segundos.

Alvarez, Huston, Wright y Kerkman (1988) estudiaron la diferencia entre niños y niñas respecto a la atención prestada a la televisión. Los resultados indicaron que los varones prestaban más atención que las mujeres a los dibujos animados, mientras que las niñas prestaban más atención a los programas de poca acción. Por otra parte, los niños prestaban más atención a los contenidos visuales, y las niñas a los contenidos verbales.

Los primeros estudios sobre el desarrollo cognitivo de los niños y su comprensión de los programas de televisión fueron dirigidos por Anderson y Collins (1988), refiriéndose a los programas de televisión como a una secuencia de escenas subordinadas a un argumento o narración; escenas que llevan información relevante e irrelevante al programa que se presenta, tanto de manera explícita como implícita.

El poder potencial de la televisión y de otros medios parece ser enorme, puesto que éstos proveen de y transmiten valores, normas y tabúes, indicándonos cómo funcionar en sociedad. Según Gerbner (1972), los temas recurrentes en los medios de comunicación producen un efecto acumulativo sobre los telespectadores. Pero por otro lado, un autor como Singer afirma que no está tan clara la dimensión de dicho efecto, y que los medios afectan más a aquellas personas que carecen de vida propia y que por lo tanto son más influenciables. Por último, autores como Milavsky, Kessler, Stipp y Rubens (1982) expresan que no se puede afirmar que exista una clara relación entre visionado televisivo y la conducta agresiva.

Uno de los estudios recientes que tratan de comprobar esta relación es el de Tomoupoulos, Dreyer, Valdez, Flynn, Foley, Berkule y Mendelshon (2007), utilizando para ello niños menores de 3 años. Realizaron un análisis de cada diada madre-hijo, en una muestra de familias latinoamericanas, pidiendo a cada madre que rellenara un diario en el que tenían que anotar todo lo que visionaban ambos. Pasados los 3 años, los resultados de los análisis de regresión demostraron que efectivamente existía una conexión. En particular, aquellos programas sin contenidos educativos son los que implicaban un comportamiento agresivo mayor en los menores.

La Asociación Americana de Pediatría, basándose en estos trabajos, recomienda que los niños de dos años en adelante vean un máximo de 2 horas de televisión al día, y que los menores de 2 años no vean nada la televisión (Certain y Kahn, 2002). Este trabajo incluye datos que demuestran cómo el tiempo de visionado de televisión es mucho mayor que el citado. Además, señala cómo los niños de padres con menor nivel de estudios veían más televisión, y que cuanto más televisión ven los niños de cualquier franja de edad, ésta se incrementa siempre aún más en el futuro.

Christakis (2009) analiza cómo afecta el mayor o menor grado de visionado televisivo a múltiples áreas de desarrollo de los niños, incluyendo el nivel del lenguaje, de cognición, de atención, etc. Christakis detecta menores niveles de adquisición de conocimiento y de habilidades en los menores más expuestos a la pantalla, y por lo tanto ejecuciones más pobres, por lo que termina recomendando un control del visionado.

No es menos cierto, sin embargo, que los niños imitan mucho más las acciones reales que las virtuales, como muy bien han demostrado Barr, Muentener, García, Fujimoto y Chávez (2007), entre otros. A su vez, estos autores demostraron que el poder de la televisión llega a ser mayor que el del visionado real, debido a la repetición; aquellos programas que repiten constantemente una misma acción llegan a tener un poder de imitación mucho mayor que el causado por el visionado real. Hayne et al. (2003) ya habían señalado este hecho trabajando con niños de 2 años, observando cómo el simple hecho de repetir una acción en televisión alcanzaba casi la misma efectividad que el visionado real en una sola ocasión.

Por otro lado, para comprobar cómo y en qué medida los niños son conscientes de las emociones que se transmiten desde la pantalla de la televisión, dos estudios

investigaron si los niños de 10 a 12 meses pueden utilizar las reacciones emocionales televisadas para dirigir su propio comportamiento; es decir, si los niños, en su primer año de vida, son capaces de imitar en cierto modo las emociones captadas en la televisión (Hayne et al., 2003). En ambos estudios los niños miraron a una actriz que interactuaba con uno o dos objetos nuevos. En la condición de control la actriz mostró un afecto neutro hacia los objetos, mientras que en otras dos condiciones reaccionó con afecto positivo o negativo. A continuación, tras finalizar la grabación, se observaba cómo reaccionaban los niños durante los 30 segundos siguientes a entregarles los mismos objetos. Los niños de 12 meses, tras observar el visionado de reacción negativa, evitaron los objetos y mostraron afectos negativos. Sin embargo, la respuesta de los niños de dicha edad a las emociones positivas y a las neutras no se diferenció. Curiosamente, el mismo estudio pero con niños de 10 meses no obtuvo ningún resultado significativo, por lo que se puede afirmar que el nacimiento de la consciencia de las emociones se puede situar sobre los 11 meses de vida.

Otro de los efectos que se le han adjudicado a la televisión es el de influir sobre la capacidad visomotora y el lenguaje de los niños en las primeras etapas de su desarrollo (etapa senso-motora de Piaget). El proyecto Viva (Schmidt, Rich, Rifas-Shiman, Oken y Taveras, 2009) trabajó dentro de esta perspectiva, utilizando como muestra 872 niños de 6 meses, 1 año, y 2 años de vida. Se les pidió a las madres un informe sobre el número de horas que el menor visionaba televisión. Cuando cumplieron los 2 años de edad se les aplicó la prueba de vocabulario en imágenes del test Peabody III, y a los 3 años se evaluaron una amplia gama de capacidades visuales motoras. Aparte de otros muchos resultados, se verificó que el visionar más televisión no estaba asociado con la prueba de vocabulario, ni con las habilidades visuales motoras.

Otro trabajo que trató de demostrar los efectos del consumo de televisión se centró en las interacciones verbales entre madres e hijos de 6 meses. Mendelsohn, Berkule, Tomopoulos, Tamis-LeMonda, Huberman, Alvir y Dreyer (2008), analizando 154 diadas madre-hijo, demostraron cómo la interacción madre-hijo se incrementaba especialmente con el visionado de programas educativos, si bien es poco probable que se produzca un visionado conjunto. Los autores, por lo tanto, proponen que se creen estrategias para que se produzca un visionado conjunto.

Se ha analizado también la relación entre exposición temprana a la televisión y estilo de interacción parental (Barr, Zack, García y Muentener, 2008). O si el mayor o menor tiempo de visionado televisivo afecta al tiempo de juego de los niños (Masur y Flynn, 2009). O determinar la relación entre consumo y las relaciones sociales y afectivas de los niños (Sevillano y Perlado, 2005).

Un trabajo diferente ha sido el de Thompson y Christakis (2007), que relaciona el estrés materno con el grado de visionado de la televisión en niños de 3 años. Los resultados indicaron que los niños con madres que no presentaban estrés ven considerablemente menos televisión al día. Y si bien excede a nuestro interés, el sobrepeso ha sido otro de los aspectos relacionados con el visionado (Hawkins y Law, 2006).

No queremos referirnos en esta revisión teórica únicamente a los aspectos negativos asociados al excesivo consumo televisivo. Algunas investigaciones han demostrado justamente lo contrario: cómo el excesivo consumo de televisión se asocia con elementos positivos. Así, por ejemplo, el estudio de Carrero (2008), así como el de Christakis (2009), enfatizan cómo los espacios de noticias creados especialmente para niños son muy beneficiosos para la adquisición de conocimientos sobre el funcionamiento de la sociedad.

Desde el punto de vista de los contenidos, parece que el consumo televisivo de noticias correlaciona positivamente con el rendimiento educativo (Del Río, Alvarez y Del Río, 2004). Sin embargo, el consumo de dibujos animados y de deportes implica el efecto contrario (Wright y Huston, 1995). Estos últimos autores sugieren que parece producirse un desplazamiento selectivo: en los caso de los niños que por su entorno familiar, escolar y de relaciones sociales poseen un buen programa de desarrollo, la adicción al consumo televisivo supone un gran impacto, ya que su influencia se opone al buen ambiente educativo en el que se socializan. Pero si los menores poseen un entorno pobre de desarrollo, el impacto del consumo televisivo no es negativo, e incluso es ligeramente positivo. Concluyen Huston y Wright (1998) que los programas educativos bien diseñados pueden enseñar, y contribuir al desarrollo de una gran cantidad de habilidades académicas, transmitir conocimientos, promover actitudes, creencias y comportamientos sociales positivos, fomentar el interés por la lectura, etc. Un buen ejemplo de ello es el famoso programa “Barrio Sésamo”; el trabajo de Anderson, Huston, Schmitt, Linebarger y Wright (2001) confirma una relación positiva

entre la exposición a dicho programa y las puntuaciones en lengua, ciencia y matemáticas obtenidas años después en educación secundaria y en la universidad, obteniéndose una correlación negativa en el caso de aquellos niños que no vieron programas educativos.

Otra de las variables que se han estudiado en relación con el consumo de televisión es la lectura. Un estudio longitudinal realizado con 25.000 estudiantes de octavo curso de Estados Unidos (U.S. Department of Education, 1990) mostró que los niños visionaban televisión 21,2 horas a la semana, y dedicaban 1,8 a la lectura (incluyendo el trabajo con textos escolares). Más recientemente, el trabajo de Roberts, Foehr, Rideout y Brodie (1999) estimó el tiempo de lectura diaria de los menores en 45 minutos, dato muy superior al del estudio anterior. Parece que la clave está en si los programas televisivos son de tipo educativo o no, de forma que los primeros suelen promover más la lectura (Ball & Bogatz, 1973; Huston & Wright, 1998). Pero al margen de esta relación, parece comprobarse que a mayor visionado de televisión, menor rendimiento académico (Beentjes & Van der Voort, 1995). Quizá la clave explicativa es que la rapidez del cambio de las escenas implica la existencia de poco tiempo para procesar la información recibida, por lo que los niños que ven más televisión desarrollan una menor capacidad de concentración lectora. Del Río, Alvarez & Del Río (2004) afirman que los niños que visionan mucha televisión inician un camino hacia la reducción de la lectura, y no sólo leen menos, sino que lo poco que leen lo comprenden peor.

Por lo tanto, existe una laguna en la investigación. Este trabajo trata verificar hasta qué punto el visionado de televisión puede influir en el tipo de relaciones sociales que se produce. Dado que existe un instrumento capaz de detectar cómo son las relaciones sociales dentro de un pequeño grupo, denominado test sociométrico, se utilizó el mismo para verificar si efectivamente el número de horas de visionado implicaría la posesión de un perfil de relaciones sociales diferente.

La hipótesis que guía este estudio es que dado que la televisión crea una cultura y es un elemento que socializa a los menores, se estima que los sujetos que visionan muy pocas horas de televisión por término medio al día, así como los que visionan un tiempo excesivo, poseerán perfiles de interacción que expresarán un rechazo hacia ellos por parte de los demás miembros del grupo (serán sujetos desviados, en cuanto que no compartirán ni vivencias ni un lenguaje común). Por otra parte, se prevé

hipotéticamente que se encontrará una mayor integración en el grupo, en este caso en el aula, en aquellos sujetos que visionen la televisión una media de horas concordante con lo habitual. Así, este estudio es novedoso porque al contrario de la mayoría de los citados, parte de la idea de que la televisión es un elemento más de nuestras vidas, y por lo tanto una baja tasa de visionado supondrá una marginación grupal; y espera, como los estudios comentados, que una alta tasa de visionado implicará también una marginación grupal mayor.

Método

Participantes: se contactaron 45 sujetos, estudiantes de dos aulas de 5º de Primaria, y por lo tanto de edades comprendidas entre los 11 y 12 años de edad. En total la muestra se compuso de 20 niñas y 25 niños. Se utilizó un solo centro educativo, público, de una zona rural gallega. La muestra fue no probabilística, de tipo incidental. Es preciso señalar que los estudios que se realizan utilizando el test sociométrico exigen que se trabaje con grupos informalmente reales, y por lo tanto de pequeño tamaño, por lo que la muestra debe ser necesariamente de poco tamaño.

Variables: Se consideró como variable independiente de selección el número de horas de visionado televisivo por término medio, medido mediante informe subjetivo de los padres de los participantes (no de ellos mismos, para evitar una percepción errónea de dicha exposición). Se consideró que, según los estudios ya citados de Urrea et al. (2000), se puede considerar que una tasa muy baja de visionado es inferior a una hora, y una tasa muy elevada la de más de 4 horas. Se crearon cinco condiciones experimentales, desde la citada tasa muy baja de visionado (menor a 1 hora) hasta una tasa muy elevada (más de 4 horas). En todos los participantes se midió la estructura sociométrica mediante la aplicación del test sociométrico de Moreno (véase, por ejemplo, Clemente -1992-).

Material: Además de aplicar en cada aula el test sociométrico, cada alumno rellenó un cuestionario elaborado *ad hoc* con preguntas sociodemográficas. Además, se elaboró un cuestionario destinado a los padres, para que identificaran hasta qué punto cada menor visionaba más o menos televisión.

Procedimiento: Se notificó el proyecto de investigación al Comité de ética de la Universidad de A Coruña, que informó favorablemente acerca del mismo. El contacto con los menores se consiguió solicitando consentimiento para realizar el estudio a la

Dirección del centro escolar. Una vez conseguida dicha autorización, se realizó una reunión con los tutores-profesores de cada aula para explicarles el estudio y solicitar su colaboración. Además, se facilitó a cada tutor-profesor un consentimiento informado que repartieron a los padres de los alumnos solicitando la colaboración de sus hijos y de ellos mismos, asegurando el anonimato de los participantes, explicándoles el objetivo del trabajo, y facilitándoles un teléfono y un correo electrónico de contacto con este investigador para poder oponerse en cualquier momento a la participación en el estudio incluso a pesar de firmar dicho consentimiento de manera positiva. Ningún padre se opuso a participar. Se aplicó a los alumnos las pruebas en dos días diferentes, el primero de los días el test sociométrico para evitar sesgos previos, y al cabo de unos días el cuestionario con preguntas sociodemográficas (se pretendía así que los niños no tuvieran información sobre el tema que se quería investigar al responder al test sociométrico). El cuestionario de los padres se aplicó unos días después. También se calcularon los respectivos valores e índices sociométricos individuales para cada niño. Es preciso señalar que se aplicaron a cada sujeto dos test sociométricos, uno de ellos con un criterio lúdico (ir a una excursión) y otro de trabajo (realizar una actividad en clase), como forma de verificar que los resultados obtenidos fueran más fiables. Los análisis de datos se realizaron utilizando el paquete de software SPSS (Statistical Package for Social Sciences). La información recogida se codificó y se calculó un Anova paramétrico de un factor con los cinco niveles descritos anteriormente según el grado de visionado televisivo de los menores. Y caso de encontrar significatividad al nivel de confianza como mínimo del 95%, se procedió a aplicar la prueba de Barlett de comparación por pares de los cinco niveles.

Resultados

Por cuestiones de espacio, sólo se facilita la información de aquellas variables de la estructura sociométrica que fueron significativas como mínimo al nivel de confianza del 95%, cuestión que se puede consultar en la tabla 1 (en el caso del criterio lúdico) y en la tabla 2 (en el caso del criterio de trabajo).

Tabla 1: Anova de la caracterización sociométrica de los menores según el consumo televisivo. Variables significativas del criterio lúdico

Variable	Medias	M.C inter	F	Significación
Estatus de rechazos (Sr)	< 1 hora: 2.91 < 2 horas: 0.51 < 3 horas: 2.16 < 4 horas: 4.27 > 4horas: 4.31	24.413	2.673	.046
Antipatía (Ant)	< 1 hora: 0.14 < 2 horas: 0.02 < 3 horas: 0.09 < 4 horas: 0.20 > 4horas: 0.21	.052	2.694	.044
Status Sociométrico (SS)	< 1 hora: 0.01 < 2 horas: 0.32 < 3 horas: 0.01 < 4 horas: -0.08 > 4horas: -0.06	.248	4.970	.002

Por lo que se refiere al criterio lúdico, encontramos que sólo 3 variables fueron significativas: el estatus de rechazos (es decir, el ser rechazado por el grupo), la antipatía (se trata de un índice más elaborado del anterior, que expresa mucho más claramente cómo el grupo rechaza al individuo), y por último el estatus sociométrico, que se refiere a la calidad global de la apreciación que siente el grupo por cada sujeto. Se trata de 3 índices muy importantes en la estructura sociométrica.

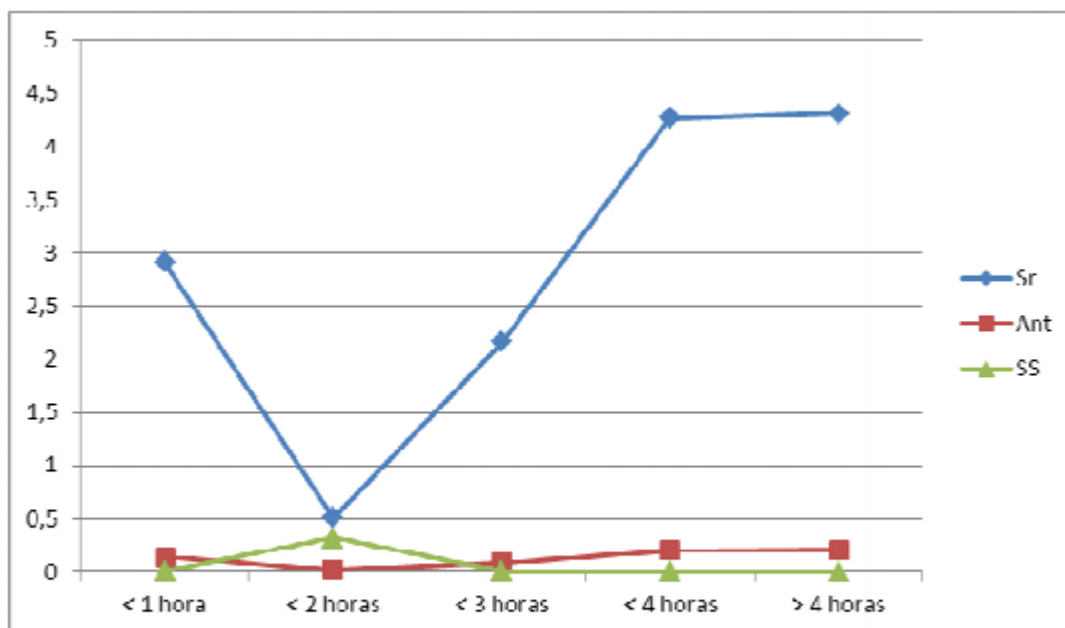


Ilustración 1: Caracterización sociométrica de los menores según el consumo televisivo. Criterio lúdico.

La ilustración 1 expresa claramente las diferencias de puntuación de los sujetos en los tres índices en función del número de horas de visionado de televisión. Así, se puede examinar cómo los niños que visionaron más de 3 horas de televisión fueron los más rechazados (mayor Sr), seguidos por los que veían menos de 1 hora. Los menos rechazados fueron los que visionaban menos de 2 horas y más de 1, es decir, la media habitual. El índice de antipatía, si bien de manera más discreta, marca la misma pauta. Y el estatus sociométrico, lógicamente, muestra la tendencia contraria: los sujetos con mayor estatus sociométrico son los que consumen entre 1 y 2 horas diarias de visionado, siendo los que apenas visionan la televisión y los que más la visionan los que poseen menores valores de estatus. Se realizaron pruebas de comparación de medias por pares, demostrándose que el grupo que visionaba televisión más de 1 hora y menos de 2, se diferenciaba significativa (al mismo nivel de confianza anterior, 95%) de todos los demás, y los grupos 1, 3, 4 y 5 nunca se diferenciaban estadísticamente.

Tabla 2: Anova de la caracterización sociométrica de los menores según el consumo televisivo. Variables significativas del criterio de trabajo

Variable	Medias	M.C inter	F	Significación
Estatus de rechazos (Sr)	< 1 hora: 2.71 < 2 horas: 1.00 < 3 horas: 1.99 < 4 horas: 4.23 > 4horas: 4.67	22.006	2.786	.039
Percepción acertada de rechazos (Par)	< 1 hora: 0.75 < 2 horas: 0.25 < 3 horas: 0.49 < 4 horas: 1.21 > 4horas: 1.13	1.425	2.765	.040
Antipatía (Ant)	< 1 hora: 0.12 < 2 horas: 0.05 < 3 horas: 0.08 < 4 horas: 0.18 > 4horas: 0.22	0.045	2.735	.042
Status Sociométrico (SS)	< 1 hora: 0.05 < 2 horas: 0.14 < 3 horas:0.06 < 4 horas: -0.04 > 4horas: -0.15	0.120	2.947	.032

Respecto al criterio de trabajo, los resultados indican algo similar, si bien con un matiz añadido: además de resultar significativas las tres variables anteriores, también lo era la percepción acertada de rechazos (la predicción que hace cada sujeto de por quién va a ser rechazado (es decir, bajo el criterio de trabajo, el mayor visionado de la televisión, también produce que los sujetos predigan mejor por quiénes van a ser rechazados, y de nuevo de igual manera, dicho resultado se obtiene con los sujetos que menos visionan la televisión.

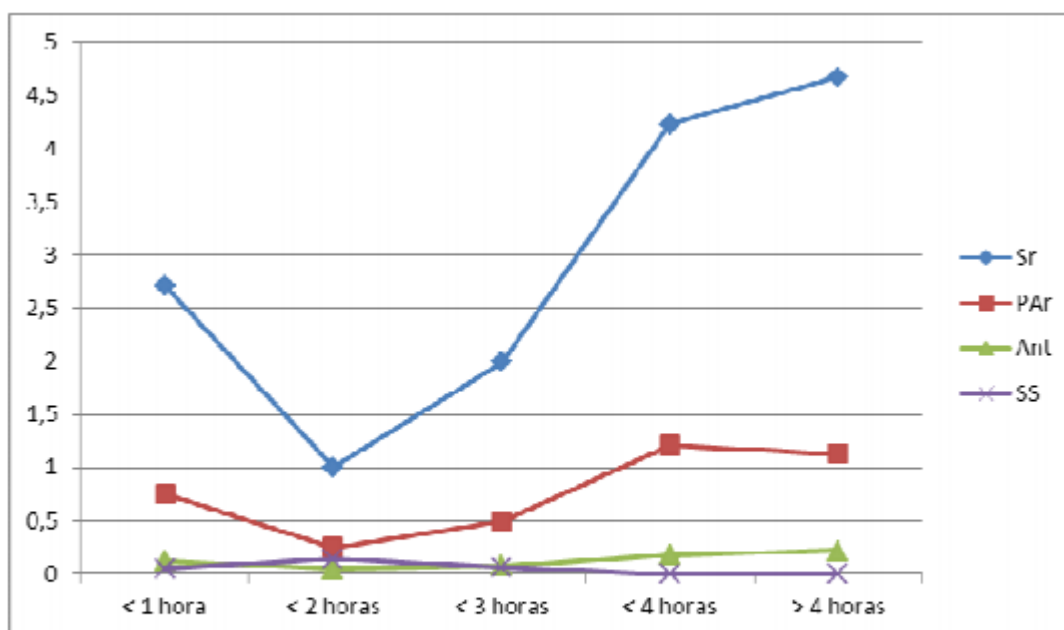


Ilustración 2: Caracterización sociométrica de los menores según el consumo televisivo. Criterio de trabajo.

Por lo tanto, podemos afirmar que el número de horas de visionado de televisión implica que se creen en el aula diferentes interacciones sociales, específicamente en Estatus de rechazos (Sr), en Antipatía (Ant) y en Estatus Sociométrico (SS). Además, si el criterio es de trabajo en lugar de lúdico, también se ve afectado el índice de Percepción Acertada de Rechazos (Par).

Conclusiones y discusión

Las hipótesis que se habían planteado en este estudio se ven cumplidas. Se planteó que los sujetos que visionaran muy pocas horas de televisión por término medio al día, así como los que visionan un tiempo excesivo, poseerían perfiles de interacción que expresarían un rechazo hacia ellos por parte de los demás miembros del grupo, y los datos verifican tal cuestión. Se había previsto también que se encontraría una mayor integración en el grupo en aquellos sujetos que visionaran la televisión una media de horas concordante con lo habitual, y también esta idea fue avalada por los datos. Se corrobora por lo tanto la idea de la que emana este trabajo, de que la televisión es un elemento más de nuestras vidas, y por lo tanto una baja tasa de visionado supone una marginación grupal tanto como una alta tasa de visionado.

Los resultados avalan dos hechos importantes:

- Que la televisión afecta negativamente a la calidad de las interacciones sociales que se producen entre los niños en el ámbito escolar, de forma que los índices más negativos, así como aquellos que se pueden interpretar en clave negativa, se manifiestan en los sujetos que han sido expuestos a un número mayor de horas de visionado; es decir, la televisión “daña” las interacciones sociales reales, hace que los sujetos que más horas de visionado efectúan sean más rechazados por el grupo, y por lo tanto supone un factor de desviación social para dichos sujetos. Esta es la línea coincidente con los estudios de Bandura (1976), o mucho más recientemente de Christakis (2009).
- Que la televisión crea una cultura, un imaginario social, supone un aprendizaje conjunto, implica una visión del mundo, y por lo tanto aquellos niños que apenas ven la televisión son, al igual que los anteriores, rechazados por el grupo. Es decir, los niños de nuestra época son socializados por la televisión, y el que no posee ese aprendizaje es un menor desintegrado y rechazado. Esta idea ya fue expuesta clásicamente por Gerbner (1972, 1979), y posteriormente fue defendida por Roda (1989), entre muchos otros.

Por lo tanto, frente a la idea de que el visionado televisivo es negativo, debe abrirse camino en nuestras sociedades la noción de que hoy en día, un menor que no visiona la televisión será un desadaptado, de igual manera que un menor que visiona excesivamente la misma. Es decir, hoy en día el problema de la adaptación social de los menores (no de su rendimiento escolar, que no ha sido estudiado en esta investigación) no reside en que visionen mucha o poca televisión, sino en que “consuman” televisión en el grado en que la sociedad sitúa dicho comportamiento. Y es que, parafraseando al filósofo Ortega y Gasset, se podría afirmar que cada sociedad tiene el tipo de niños que se merece; ni mejores, ni peores.

Bibliografía

Alvarez, MA, Huston, AC, Wright, JC & Kerkman, DD (1988), “Gender Differences in Visual Attention to Television Form and Content” en *Journal of Applied Developmental Psychology*, 9(4): 459-475.

Anderson, D & Collins, P (1988), *The impact on children's education: Television's influence on cognitive development*, Washington, U.S. Department of Education (Office of Educational Research and Improvement).

Anderson, DR & Lewin, SR (1976), "Young Children's Attention to Sesame Street" en *Child Development*, 47: 806-811.

Anderson, DR, Huston, AC, Schmitt, KL, Linebarger, DL & Wright, JC. (2001), "Early Childhood Television Viewing and Adolescent Behavior: The Recontact Study" en *Monographs of the Society for Research Child Development*, 66(1): 1-147.

Ball, S & Bogatz, GA (1973), *Reading with television: An evaluation of The Electric Company*, Princeton, Educational Testing Service.

Bandura, A (1976), "Social Learning Analysis of Aggression", En Ribes-Iniesta, E & Bandura, A (Eds.), *Analysis of delinquency and aggression*, Hillsdale, Erlbaum: 53-72.

Barr, R, Muentener, P, García, A, Fujimoto, M & Chávez V (2007), "The Effect of Repetition on Imitation from Television during Infancy" en *Developmental Psychobiology*, 49(2): 196-207.

Barr, R, Zack, E, García, A & Muentener, P (2008), "Infants Attention and Responsiveness to Television Increases with Prior Exposure and Parental Interaction" en *Infancy*, 13(1): 30-56.

Barrios, C (2005), "La violencia audiovisual y sus efectos evolutivos: Un Estudio Teórico y Empírico" en *Comunicar*, 25: 1134-1178.

Beentjes, JWJ & Van Der Voort, THA (1995), "The Impact of Background Media on Homework Performance: Students' Perceptions and Experimental Findings",

En Winterhoff-Spurk, A (Ed.), *Psychology of Media in Europe: The State of the Art - Perspectives for the Future*, Opladen, Vestdeutscher Verlag: 175-188.

Carrero, J (2008), "Infant Television Newcast: Learning Resource in TV" en *Comunicar*, 31: 153-158.

Certain, LK & Kahn, RS (2002), "Prevalence, Correlates, and Trajectory of Television Viewing among Infants and Toddlers" en *Pediatrics*, 109(4): 634-642.

Christakis, DA (2009), "The Effects of Infant Media Usage: What do we Know and what should we learn?" en *Acta Paediatrica*, 98(1): 8-16.

Clemente, M (1992), *Psicología Social: Métodos y Técnicas de Investigación*, Madrid, Eudema.

Clemente, M. (2005), *Violencia y Medios de Comunicación: La Socialización Postmoderna*, Madrid, Eos.

Clemente, M & Espinosa, P (2009), "Agressive Symbolic Model Identification in 13 Years-Old Youths" en *The European Journal of Psychology Applied to Legal Context*, 1(1): 45-68.

Clemente, M & Vidal, MA (1995), *Violencia y Televisión*, Madrid, Noesis.

Clemente, M, Vidal, MA & Espinosa, P (2008), "The Media and Violent Behavior in Young People. Effects of the Media on Antisocial Aggressive Behavior in a Spanish Sample" en *Journal of Applied Social Psychology*, 38(10): 2395-2409.

Del Río, P, Alvarez, A & Del Río, M (2004), *Pígalión. Informe sobre el efecto de la televisión en la infancia*, Madrid, Fundación Infancia y Aprendizaje.

Del Río, P & Del Río, M (2008), "Reality Construction by Spanish Infancy across TV consumption" en *Comunicar*, 31: 99-108.

García, MC (2000), *Televisión, violencia e infancia. El Impacto de los Medios*, Barcelona, Gedisa.

Gerbner, G (1972), "Violence and Television Drama: Trends and Symbolic Functions" en Comstock, G & Rubinstein, E (Eds.), *Television and Social Behavior*, Washington, Government Printing Office: 156-178.

Gerbner, G (1979), "The Demonstration of Power. Violence Profile 10" en *Journal of Communication*, 29(3): 177-196.

Greenfield, PM (1984), *Mind and Media. The Effects of Television, Computers and Video Games*, Nueva York, Collins.

Halloran, J (1970), *Los Efectos de la Televisión*, Madrid, Editora Nacional.

Hawkins, SS & Law, C (2006), "A Review of Risk Factors for Overweight in Preschool Children: A Policy Perspective" en *International Journal of Pediatric Obesity*, 1(4): 195-209.

Hayne, H, Herbert, J & Simcock, G (2003), "Imitation from Television by 24 and 30 month-olds" en *Developmental Science*, 6(3): 254-261.

Huston, AC & Wright, JC (1998), "Television & the informational & educational needs of children" en *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 557: 9-23.

Masur, EF & Flynn, V (2009), "Infant and Mother Infant Play and the Presence of the Television" en *Journal of Applied Developmental Psychology*, 29(1): 76-83.

Mendelsohn, AL, Berkule, SB, Tomopoulos, S, Tamis-Lemonda, CS, Huberman, HS, Alvir, BP & Dreyer, A (2008), "Infant Television and Video Exposure Associated with Limited Parent-Child Verbal Interactions in Low Socioeconomic Status Households" en *Archives of Pediatrics & Adolescent Medicine*, 162(5): 411-417.

Milavsky, JR, Kessler, RC, Stipp, HH & Rubens, WS (1982), *Television and Aggression: A Panel Study*, Nueva York, Academic Press.

Roberts, DF, Foehr, UG, Rideout, VJ & Brodie, MA (1999), *Kids and Media at the New Millennium*, Menlo Park, Kaiser Family Foundation.

Roda, R (1989). *Medios de Comunicación de Masas*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.

Schmidt, ME, Rich, M, Rifas-Shiman, SL, Oken, E & Taveras, EM (2009), "Television viewing in infancy and child cognition at 3 years of age in a US cohort" en *Pediatrics*, 123(3): 370-375.

Sevillano, ML & Perlado, L (2005). "Los Programas Televisivos Infantiles Preferidos por los niños de 6 a 8 años". En *Comunicar: Revista Científica Iberoamericana de Comunicación y Educación*, 25(2): 1134-1178.

Thompson, DA & Christakis, DA (2007). "The Association of Maternal Mental Distress with Television Viewing in Children under 3 Years Old" en *Ambulatory Pediatrics*, 7(1), 32-37.

Tomoupoulos, S, Dreyer, BP, Valdez, P, Flynn, V, Foley, G, Berkule, SB & Mendelshon, AL (2007), "Media Content and Externalizing Behaviors in Latino Toddlers" en *Ambulatory Pediatrics*, 7(3): 232-238.

Turner, ChW, Hesse, BW & Peterson-Lewis, S (1986), "Naturalistic Studies of the Long-Term Effects of Television Violence" en *Journal of Social Issues*, 42(3): 51-73.

Urta, J, Clemente, M & Vidal, MA (2000); *Televisión: Impacto en la Infancia*. Madrid, Siglo XXI.

Vidal, MA, Clemente, M & Espinosa, P (2003), "Types of Media Violence and Degree of Acceptance in Under-18s" en *Aggressive Behavior*, 29(5): 381-392.

Wright, JC & Huston, AC (1995), *Effects Of Educational TV Viewing Of Lowerincome Preschoolers On Academic Skills, Schoolers Readiness, And School Adjustment One To Three Years Later. A Report To The Children's Television Workshop*, Lawrence, University of Kansas.